

ALLAL EL FASSI, O EL FASCISMO MARROQUI

E S una metamorfosis que sucede con frecuencia: una lucha por la independencia, una defensa contra la humillación o la opresión, pueden exagerarse, exaltarse, hasta llegar a convertirse en lo que llamamos genéricamente un fascismo. ¿No eran los alemanes de los años veinte, de los años treinta, unos humillados por la derrota, por el tratado de Versalles, por el recorte de sus territorios, por la inflación y la pobreza? En Marruecos, los valores nacionales tenían que ser una respuesta a las estructuras culturales y sociales superpuestas por el colonialismo. Había una gran tradición en que apoyarse, y un hombre, Allal el Fassi, se apoyó vehementemente en ella. El nacionalismo marroquí, el islamismo, el arabismo, la gran cultura de fondo y la organización perdida de una sociedad peculiar que había construido un gran imperio, y lo había perdido con lágrimas en los ojos...

Y, así, el Fassi se transformó en un fascista. El nacionalismo lo convirtió en unas reclamaciones territoriales que abarcaban Mauritania, gran parte del territorio argelino, el Sudán; incluían las islas Canarias y, desde luego, Ceuta y Melilla. El Fassi no exponía mucho, pero no ocultaba tampoco, hasta sus deseos de volver Andalucía a la media luna. Andalucía, Al-Andalus, donde los Fassi habían sido señores (Fassi de Fez: una familia aristocrática y culta de Fez, ocupante de Andalucía). En lo religioso, si Allal era un fanático: no sólo exigía la cárcel y las palizas para quienes incumplieran algunos preceptos religiosos (beber alcohol, fumar o comer durante el día en el mes santo del Ramadán), sino la pena de muerte para los reformistas, para los de sectas reformistas. (El Islam carece de Iglesia: es una religión construida de una vez para siempre sin concilios que la adapten a los tiempos. Como no hay «aggiornamento» posible está adecuada a la Edad Media, y puede proporcionar una dureza de costumbres enorme, como ha sucedido en Libia bajo otro puritano, el Ghaddafi). Aristócrata árabe en un país multirracial (bereberes, sudaneses), el judío era su enemigo; y no sólo el de Israel, sino el que convivía en Marruecos con los islámicos.

Un mito

En la lucha por la independencia, deportado y perseguido, el Fassi se convirtió en un mito, en una leyenda viva; su partido, el Istiqlal, era mucho más que un partido político: un movimiento amplio y restaurador. Conseguida la independencia, fue un incordio. Las realidades del país no correspondían a sus deseos. El rey Mohammed V, demócrata, con una cierta tendencia a ser moderno y amplio, le parecía demasiado débil. Hubo un cierto movimiento que pretendió destronarlo para colocar en su lugar al Fassi, pero él mismo encontraba poco islámica esa solución. Cuando Mohammed V murió, el fascismo islámico del Fassi se encontró con otro fascismo: un fascismo de estado pequeño, sin sus grandes horizontes ni sus grandes esperanzas. El de Ufkir, berebere, intrigante, vendido al extranjero —a los extranjeros— y el de un rey, Hassan II, que tenía puesta su ilusión en ser un superviviente. Un fascismo de pequeña corrupción, de reservas en torno al gran Maghreb —la imaginaria unión de Túnez, Libia, Argelia y Marruecos proyectada por el Istiqlal en los tiempos de lucha común— y muchas más con respecto a la «gran nación árabe» que imaginaba Nasser.

El Fassi se convirtió en el Savonarola coránico de este Renacimiento escamoteado. Clamaba contra la corrupción, contra los

extranjeros, contra los judíos. Quiso aliarse hasta con Argelia socialista, y con las fuerzas de la izquierda, en una Unión Nacional de Fuerzas Populares. No fue directamente perseguido, porque a los grandes santones no se les persigue; pero sus amigos eran encarcelados o muertos, sus periódicos, denunciados o clausurados. Su grupo se nutría de todos los descontentos, y no pudo evitar —o no supo, o no vio— que también entre quienes le rodeaban está la corrupción. Poco a poco, su capacidad de oposición fue reduciéndose. Dejó de servir. La que comenzó a ser más válida en Marruecos fue la de los oficiales jóvenes, rápidamente diezmados por los complotos descubiertos, unos reales y otros imaginarios.

Muerte de un sueño

Allal el Fassi fue convirtiéndose poco a poco en un político sin objetivo. Se le veía en el «Porte» de Tánger, casi siempre, junto a Abdeljalak Torres —que había dejado el servicio del rey, y era el segundo jefe visible del Istiqlal—; su conversación era afable y suave. Suele pasar con grandes fanáticos públicos, que en su vida cotidiana son ciudadanos encantadores. En las calles se le saludaba con respeto, y muchos musulmanes del pueblo besaban su mano; pero se cruzaba también con miradas y gestos de odio.

La muerte del Fassi es la muerte de un sueño. Supo instrumentar los grandes elementos del Maghreb en la época de la lucha por la independencia, supo crear un movimiento unánime y dar un tono de intelectual coránico a su movimiento. Pero no supo adaptarse a la realidad de la política diaria, que tenía inevitablemente que dar un mentís a sus proyectos. Con un hombre de la inteligencia y la capacidad del Fassi, con un talento real como el del jefe de la izquierda, Ben Barka —que por ser de la izquierda corrió peor suerte que su compañero de Istiqlal: perseguido, encarcelado, exiliado y ferozmente asesinado por el poder y por la mano de Ufkir—, con algunos otros grandes marroquíes, la monarquía alauita podría haber construido una democracia válida y moderna.

No hay oposición organizada en Marruecos. Hay la oposición latente de los que saben que la pobreza de la población del país no está justificada más que por la excesiva riqueza de las clases dominantes; pero sus jefes, de la índole que sean, militares o políticos, son continuamente diezmados, y la represión es la típica de un estado policíaco. La débil oposición aparente que quedaba ha sufrido una pérdida grave con la muerte del Fassi: más que con la del hombre en sí, más que con la del político llevado a los últimos límites de la exaltación, con la del símbolo que suponía y el recuerdo que había mantenido. ■



Allal el Fassi,
presidente
del partido
el Istiqlal,
en el
Parlamento.